

—Aguárdese usted un poquito, que falta la segunda parte. Pensaba yo cómo realizaría aquel acto de justicia, cuando la casualidad, mejor será decir la Providencia, me deparó una solución mejor y más cristiana que la muerte. Esta pobre mujer no necesitaba de mi justicia. Dios mismo había dispuesto su castigo y una lección tremenda. ¿Qué debía yo hacer? Dejar que hiriera la lección. La infidelidad castiga la infidelidad. ¿Hay nada más lógico que esto? Yo debía, pues, dejar que obrase la lógica. Dí gracias á Dios por aquella luz que hizo venir á mí. Dios es el único que castiga, ¿verdad, señora? ¡Y qué bien que lo sabe hacer! ¿Á qué usurparle sus funciones? Dios, realizando la justicia por medio de los sucesos, lógicamente, es el espectáculo más admirable que pueden ofrecer el mundo y la historia. Así es que yo me lavo las manos, y dejo que la lección natural se produzca y la justicia se cumpla. ¿Es esto ser razonable? ¿Es esto ser cuerdo?...

Hizo la pregunta cruzándose de brazos, y Guillermina, después de vacilar, le dijo: «Vaya si lo es. Y Cristo nos enseña que no debemos tomarnos la justicia por nuestra mano, pues Dios castiga sin palo ni piedra, y Él da á cada criatura lo que le conviene. Cuando alguna injusticia nos envuelve, por picardías de los hombres, lo que debemos hacer es aguantar, y cruzarnos de brazos y decir: «Vengan palos. Mientras más

me humillen, más me levantaré después. Mientras más me azoten aquí, más salud tendré allá.»

—Eso mismo pienso yo. Los resentimientos que había en mi corazón, los he ido desechando... La idea de matar la considero yo ineficaz y absurda, como un medicamento equivocado. Sólo Dios mata, y Él es quien siempre enseña. Yo he tenido celos horribles, yo he tenido rencores ardientes; sin embargo, toda esta maleza va cayendo bajo el hacha de la razón. Razón y nada más que razón. Ya no pienso en matar á nadie, ni aun á los que tanto odié. Veo las admirables enseñanzas de Dios; veo á los malos recibir su castigo, y procuro no merecerlo yo... Este es mi sistema, ésta es mi vida.

Segismundo había llamado á Guillermina desde la puerta de la alcoba. Allí cuchichearon algo referente á Fortunata, y habiéndole preguntado á la santa su parecer respecto al joven Rubín, la fundadora se expresó de este modo: «Lo último que me ha dicho es el colmo de la sabiduría y de la cordura, pero...»

—No las tiene usted todas consigo... Ni yo tampoco.

IX

Izquierdo entró con una botella de cerveza y detrás el mozo del café de Gallo con un *grande* de limón, ponchera y copas. «La señora—dijo él

queriendo ser amable—va á tomar un vasito de cerveza con limón.»

—¡Quite usted allá!—replicó la dama.—Yo no bebo esas porquerías. Se lo agradezco...

A Fortunata la invitaron también; pero ella no quiso tampoco tomarlo, y pidió leche. Ballester, atento á serle agradable, mandó á Encarnación por la leche, y Guillermina se despidió para retirarse en el momento en que entraba Plácido, que había subido presuroso y lleno de oficiosidad á ponerse á sus órdenes.

Segismundo observaba á su amiga, y á la verdad, no le parecía su estado muy católico. El falso gozo que la hacía reír á cada instante no era buena señal, y hubiera él deseado que hablase menos. Pero todo se volvía contar el lance con Aurora, dándole proporciones trágicas; y una vez concluido lo empezaba de nuevo, revelando contra la que fué su amiga una saña implacable. Ballester la contradecía suavemente, recomendándole la prudencia, la tolerancia y el perdón de las injurias. No sabiendo ya qué decirle llegó hasta sacarle el ejemplo de Maximiliano, que llevaba con tan cristiana mansedumbre el cargamento de sus agravios. La diabla, al oír esto, se reía más, diciendo que su marido era un santo, un verdadero santo, y que si le canonizaban y le ponían en los altares, ella le rezaría y le escupiría. Esto no lo oyó Rubín, que á la sazón estaba jugando á las damas con Izquierdo.

Trajeron la leche, y cuando Encarnación se la servía á su ama, ésta vió que habían caído dos moscas; le entró mucho asco y puso á la chiquilla como hoja de perejil, llamándola puerca y descuidada. El regente mandó traer más leche, y dijo que la de las moscas se la bebería él, pues no tenía asco de nada. Sacó los insectos con el dedo meñique, y su amiga le criticó esta acción, llamándole sucio y tratándole con cierta sequedad. Trajeron la leche bien tapada para que no cayeran moscas, y mientras Fortunata se la bebía, Ballester se tomó la otra, diciendo bromas y chuscadas, con las cuales no lograba disipar la negra tristeza en que la joven había caído tras la ruidosa alegría. Mandóla acostar, y entretanto pasó el farmacéutico á la sala, haciendo que atendía al juego de las damas. No podía tener tranquilidad mientras Maxi estuviera allí, ni se fiaba de sus apariencias resignadas y filosóficas. Con disimulo, y fingiendo que le hacía cosquillas, por jugar, le tocó los bolsillos, temeroso de que llevara algún arma. Pero nada encontró en su disimulado reconocimiento. A pesar de todo, no quería Ballester irse sin llevarle por delante, y tanto bregó con él, que hubo de conseguirlo. Salió, pues, el regente haciendo propósito de volver, pues su amiga le había puesto en cuidado.

Platón se fué también al anochecer; pero á las nueve regresó, encendiendo luz en la sala. No eran las nueve y cuarto, cuando Fortunata, que

había empezado á dormitar, sintió pasos, y vió que un hombre entraba en la alcoba. «¿Quién es? —preguntó alarmada, echando los brazos á su hijo.—¡Ah!, eres tú, Maxi; no te había conocido. Está esto tan obscuro...»

La tos perruna de su tío la tranquilizó, diciéndole que no estaba sola. Mandó á la chica que trajese luz, pues se le había despabilado el sueño; y José, atento á custodiarla, se asomaba á cada instante á la alcoba. Sentóse Maximiliano junto á la cama como el día anterior, y bondadosamente le dijo: «Esta tarde había aquí mucha gente y no pude hablarte. Por eso he vuelto. Ya sé que tú y Aurora os pegasteis. Doña Casta está furiosa, y mi tía, no puedes figurarte lo alborotada que está contra ti. Sobre este suceso de hoy se me ocurre á mí una cosa que te quiero comunicar.»

—Dímelo, dímelo prontito—indicó ella, que sin saber por qué, esperaba de aquel hombre, á quien tenía en tan poco, ideas extrañas y quizás consoladoras.

—Pues lo que has hecho esta tarde favorece á tu enemiga—afirmó Rubín con severidad de médico, aguardando el efecto que tales palabras habían de hacer en ella.—Si; favorece á tu enemiga. Tú eres tonta y no conoces la naturaleza humana. Yo, desde que entré en esta gran crisis de la razón, todo lo veo claro, y la naturaleza humana no tiene secretos para mí.

Fortunata no comprendía.

—Me explicaré mejor. Quiero decir que al maltratar á tu rival le has dado la victoria sobre ti. El hombre á quien queréis las dos pudo haber vacilado antes en elegir la que definitivamente había de merecer su amor. Ahora no vacilará. Entre una que se descompone y hace las brutaldades que tú hiciste y otra que padece y es maltratada, el amor tiene que preferir á la víctima. Toda víctima es por sí interesante. Todo verdugo es por sí odioso. En un pleito de amor, la víctima gana siempre. Esta es una verdad que está escrita en el corazón humano como en un libro, y yo leo en él tan claro como leemos una noticia en *El Imparcial*. Yo lo sé todo; nada se me oculta. Demasiadas pruebas tienes de ello.

A Fortunata le hizo esto tan mal efecto, que sintió ganas de coger la palmatoria y tirársela á la cabeza. Respondió con despecho: «Pues si gana ella, mejor. A mí no me importa nada que él la quiera ni que la deje de querer...»

—Y ahora la va á querer tanto—agregó Maxi impasible y frío,—la va á querer tanto, que los amantes de Teruel van á ser paja al lado de ellos. La querrá porque ha sido atropellada, y las víctimas siempre inspiran amor. Créetelo porque te lo digo yo, que todo lo sé. La querrá con locura, más que á ti, más que á su mujer, y hará con ella lo que no hizo con ninguna. Abandonará á su mujer y á sus padres para vivir á sus anchas

con ella... Y serán felices y tendrán mucho hijitos.

Lo que la de Rubín dijo no fué más que un mugido. Hizo el ademán de coger la palmatoria. Después se tapó la cara con la mano.

—Yo te digo estas cosas porque son la verdad, y te pego con la verdad para que la lección escueza. Así, así es como aprendes. Bonita enseñanza, ¿verdad? Cierto que duele y hace sangre; pero padecer y aprender son sinónimos. Por tu bien es. Tu conciencia se purificará, y ojalá te murieras con esta pena, porque te irías derecha al cielo.

La joven lloraba con angustia, y él no parecía tenerle compasión.

—Veo que me crees y haces bien. Lo que te he dicho ha salido siempre verdad. Yo lo sé todo, y mi razón me presenta la vida como un panorama ante los ojos. Es un don que recibí de Dios. Cuando estaba loco adivinaba por inspiración, bien lo sabes, y recordarás que te anuncié todo lo que iba á pasar... La verdad venía entonces á mí envuelta en una especie de simbolismo, como las verdades reveladas á los pueblos de Oriente. Pero luego entré en la época de la razón, y la verdad se me ofrece clara y desnuda, y desnuda y clara te la digo. ¿Acerté á encontrarte cuando todos me decían que te habías muerto? ¿Acerté á descubrir lo de Aurora con los detalles de casa, hora á que se reunían, et-

cétera? Pues ya ves. Nada se me esconde, y lo que acabo de decirte es el Evangelio. Has dado la victoria á tu enemiga... aguanta el golpe. Tu víctima y tu verdugo serán felices y tendrán muchos hijos.

—Cállate, cállate ó verás...—dijo Fortunata amenazándole con el puño y tratando de vencer el terror sugestivo y supersticioso que su marido le inspiraba.—Yo también sé verdades, y te voy á decir una.

—Pues dimela pronto.

—Digo que eres un hombre sin honor...

Maximiliano se estremeció ligeramente, pero nada más. Seguía oyendo. «¿Y qué más?», dijo.

—¿Te parece poco?—prosiguió la diabla, que de rabiosa que estaba tenía espuma de saliva en los labios.—Pues Ballester y doña Guillermina lo decían hace poco: «Es un santo, pero no tiene el sentimiento del honor.» Conque ya sabes. Déjame en paz. No quiero verte más. Unos dicen que estás cuerdo y otros que estás loco. Yo creo que estás cuerdo, pero que no eres hombre; has perdido la condición de hombre, y no tienes... vamos al decir, amor propio ni dignidad... Conque ahí tienes tu lección. Aguanta y vuelve por otra. ¿Qué creías, que yo iba á sufrirte tus lecciones y no te iba yo á dar las mías?

—Lo que dices (con glacial estoicismo) es propio de una criatura llena de debilidades y de

impurezas, en quien la razón se halla en estado embrionario, y que habla y obra siempre al impulso de las pasiones y del vicio.

—¡*Tiologías!*—gritó Fortunata exaltándose y moviendo los brazos como una actriz en pasaje de empeño.—Si tú hubieras tenido tanto así de dignidad, me habrías pegado un tiro... No lo has hecho. Mejor para mí. Y otra cosa te digo: Si hubieras tenido un adarme de sangre de hombre, cuando viste á ese y á esa les habrías pegado seis tiros, dejándoles secos á los dos. Pero tú no tienes sangre. Esa santidad y esa cristianidad y esa pastelera razón, son la horchata indecente que tienes en las venas.

Izquierdo, que oía desde la puerta, se alarmó, creyendo oportuno evitar aquel coloquio que tan mal giro tomaba: «Ea—dijo entrando,—bastante hemos hablado. Y usted, señor de Maxi, haga el favor de tomar soleta...»

Le cogía por un brazo, sin que él hiciese resistencia. Rubín estaba algo aturdido, como si analizara y descompusiera en su mente las acusaciones de su mujer antes de darles la réplica que merecían. De repente, cual movida de un impulso epiléptico, Fortunata se incorporó en el lecho, echó los brazos hacia adelante, clavó los dedos de una mano en el hombro de su marido, con tanta fuerza que le tuvo como atenazado, y comiéndosele con los ojos, le gritó de este modo: «Marido mío, ¿quieres que te quiera

yo? ¿Quieres que te quiera con el alma y la vida?... Di si quieres... Yo me he portado mal contigo; pero ahora, si haces lo que te pido, me portaré bien. Seré una santa como tú... Di si quieres...»

Maxi la interrogaba con su mirada luminosa.

—Di si quieres. Verás cómo lo cumplo. Seré una mujer modelo, y tendremos hijos tú y yo... Pero has de hacer lo que te digo. Yo te juro que no me volveré atrás, y te querré. Tú no sabes lo que es una mujer que se muere por un hombre. ¡Pobretín, esa miel no la has catado nunca!... ¿No darías tú algo porque yo te quisiera como tú me querías á mí?... ¿Te acuerdas de cuando me adorabas, te acuerdas?... Pues figúrate que yo te adoro á ti lo mismo y que te llevo estampado en mi corazón, como tú me llevabas á mí...

Maximiliano empezó á inmutarse... La máscara fría y estoica parecía deshacerse como la cera al calor, y sus ojos revelaban emoción, que por instantes crecía, como una ola que avanza engrosando.

—Dí si quieres...—repetía la diabla con exaltación delirante.—Déjate de santidades, y reconciliémonos y querámonos... Tú no lo has catado nunca. No sabes lo que es ser querido... Verás... Pero ha de ser con una condición... Que hagas lo que debiste hacer: matar á esa indina,

matarla... porque lo merece... Yo te compro el revólver... ahora mismo...

Sus manos revolviéron temblorosas bajo las almohadas buscando el portamonedas. De él sacó un billete de Banco. «Toma, ¿quieres más? Compras un revólver... bien seguro... pero bien seguro... la acechas, y plim... la dejas seca... Oye otra cosa: Para que se te quiten los celitos y cumplas con tu honor como un caballero, les matas á los dos, ¿sabes?, á ella y á él, que también lo merece, y después de muertos (con salvaje sarcasmo), después de muertos, que tengan los hijos en el otro mundo... ¿Conque lo harás? Hazlo por mí, y por su pobrecita mujer, que es un ángel... Las dos somos ángeles, cada una á su manera... Dime que lo harás... ¡Y luego te querré tanto!... No viviré más que para ti... ¡Qué felices vamos á ser!... Tendremos niños... hijos tuyos, ¿qué te crees?...»

Maxi, lelo y mudo, la miraba, y al fin sus ojos se humedecieron... Se deshelaba. Quiso hablar y no pudo. La voz le hacía gargarismos.

—Sí... quererte á ti—añadió ella.—No sé por qué lo dudas. ¡Ah!, no me conoces... no sabes de lo que soy capaz... Déjate de *tiologías*... ¡El amor! Yo te enseñaré lo que es... No lo sabes, tontin... ¡la cosa más rica...!

—Vamos, ¿qué *yeciones* son éstas?—clamó Izquierdo, tirando á Rubín de un brazo.—Basta de música... A la calle, que esta chica está mu mala.

—Tío, déjele usted, déjele usted... Es mi marido, y queremos estar juntos... ¡Vaya!...

Maxi se dejaba levantar del asiento como un saco. Se había quedado inerte. De pronto hubo algo en su espíritu que podría compararse á un vuelco súbito ó movimiento de cosas que, girando sobre un pivote, estaban abajo y se habían puesto arriba. Las manos le temblaban, sus ojos echaron chispas, y cuando dijo *matarles, matarles*, su voz sonó en falsete como en la noche aquella funesta, después del atropello de que fué víctima en Cuatro Caminos.

—Mátameles, sí...—añadió la diabla, retorciéndose las manos.—¡Hijos ellal... En el infierno los tendrá...

Cayó desplomada sobre las almohadas, chocando la cabeza contra los hierros de la cama.

Maxi alargó la mano y recogió el billete, que estaba aún sobre la colcha. Y á punto que Izquierdo le sacaba, resonó la voz de Juan Evaristo con agudísimo timbre, y entraba Segismundo, asombrándose mucho de ver al filósofo otra vez allí.

X

—¡Demonio de chico!—dijo á Izquierdo cuando volvía de acompañar hasta la puerta al señor de Rubín.—Hay que tener mucho cuidado con

él y no perderle de vista cuando entra aquí. Y ella ¿qué tal está?... Buena moza, ¿cómo va ese valor?

La joven no respondía. Estaba como aletargada. Pero el chico siguió chillando, y al reclamo de él la madre abrió los ojos, y tomándole en brazos le acercó á su seno. Ballester mandó á la criada que quitara la luz, que acaloraba mucho la alcoba, y se sentó donde antes había estado Maxi. Luego sacó una cajita de medicinas y una botellita con poción. «Aquí traigo otra antiespasmódica. La he hecho yo mismo, y traigo también el *percloruro de hierro* y la *ergotina*, por si acaso... Mucho cuidado, hija mía, mucho reposo, que las emociones y los disparates de hoy nos pueden traer un trastorno. Apuesto á que Maxi ha venido á contarle á usted alguna otra tontería. Es preciso prohibirle la entrada.»

Fortunata había vuelto á cerrar los ojos. El niño callaba y se oían sus lengüetazos.

—Buenas tragaderas tiene el amigo—dijo Ballester; y para sí, contemplando á la diablo, que dormía ó fingía dormir:—¡Qué hermosa está!... Le daría yo un par de besos... con la intención más pura del mundo... He aquí una mujer que hoy no vale nada moralmente, y que valdría mucho si reventara ese maldito Santa Cruz, que la tiene *sugestionada*... ¡Lástima de corazón echado á los perros!...

El chico rompió á llorar otra vez, y la madre parecía tan inquieta como él.

—Amigo Ballester... ¿sabe usted que me parece que me quedo sin leche?... Mi hijo chupa, chupa y no saca...

—No asustarse. Es accidental. Procure usted dormir... A ver: ¿Maxi le ha dicho á usted alguna tontería?

—Tontería, no... verdades...

—¡Verdades!... (rompiendo á reír). ¿Y cómo sabe usted que son verdades?

—Porque las grandes verdades las dicen los niños y los locos.

—Es un refrán sin sentido común. Los locos no dicen más que disparates.

—Es que mi marido no está loco... Tiene ahora mucho talento. Tal creo yo.

Juan Evaristo volvió á callar, pegándose al pezón con salvaje ahinco.

—Tome usted un poco de esta bebida. La he preparado como para usted... Está riquísima. Es preciso calmar los nervios.

La chica trajo un vaso con cucharilla, y Fortunata tomó la antiespasmódica.

—¡Qué bueno es usted, Segismundo! ¡Qué agradecida estoy á lo que hace por mí!

—Todo y mucho más se lo merece usted, carambita—replicó el farmacéutico con efusión de cariño.—Hemos de ser muy amigos.

—Amigos, sí; porque lo que es querer... No

vuelvo yo á querer á ningún hombre, como no sea á mi marido, siempre y cuando haga lo que le mando.

—¡A su marido! (tomándolo á broma). No me parece mal. Y ahora que está hecho un santo...

—Santo, no... ¡Qué simplezas dice usted!

—Santo; así como suena. De modo que será usted también santa... Pues yo seré su discípulo. Nos iremos los tres á un desierto á hacer penitencia y comer yerba.

—Cállese usted.

—Usted es la que se va á callar... á ver si se duerme y se le calman los nervios. La salida de hoy no tendrá consecuencias. ¿Sabe usted lo que venía pensando? Que si encontraba mal á la buena moza, me quedaría aquí esta noche. Y al salir de casa, le dije á mi madre que quizás no volvería. Nada, que estoy decidido á cuidarla como si fuera mi cara mitad.

—No, si no es preciso que usted se moleste. Crea que me siento regular esta noche, casi bien. Anoche ¿sabe? estaba peor.

—Pues me estaré hasta las doce ó la una. Me pondré á leer *La Correspondencia* ó á jugar al tute con el señor de Izquierdo. Y si la veo á usted tranquila y dormida, me retiraré. Si no, aquí me estoy de centinela.

Así lo hizo, y no habiendo observado hasta más de media noche nada de particular, salió de puntillas, dando á la placera instrucciones

por si la mamá ó el niño tenían alguna novedad durante la noche. El *modelo* se fué también, y Segunda se metió en su cuchitril; mas apenas había descabezado el primer sueño, la llamó Encarnación de parte de la señorita, que se sentía mal. El chiquillo soltaba todos los registros de su voz y no había manera de acallarle. Agotó la madre todos sus medios y Encarnación los suyos, que eran cogerle en brazos y dar un paso adelante y otro atrás, como si bailara, tratando de persuadirle con amorosas palabras de que los niños deben estarse calladitos.

—Paréceme—dijo Fortunata con terror—que me estoy secando.

—Pues si te secas—le contestó su tía, que hasta para consolar era regañona y desapacible,—pues si te secas, ¡demonchel, mejor; ponemos un ama, y á vivir...

—Diga usted, tía: ¿ha venido mi marido?

Segunda la miró asombrada. «¡Tu marido!... ¿Sabes la hora que es? ¿Y para qué quieres que venga acá ese tipo?»

—Tenía que hablarle...

—¡Santo Cristo de Burgos, cortinas verdes!... A buenas horas nos entra la fineza... El demonio que te entienda, chica. ¡Ahora clamas por tu marido! Para lo que ha de servirte, más vale que no parezca por acá en mil años.

—Es que le tenía que hablar. No ha estado aquí desde anoche.

Segunda la volvió á mirar, echándose á reir con descarada grosería. «Pero chica, si ha estado aquí esta noche, y se fué á las diez...»

—¡Ah! ¿esta noche ha sido? Es que confundo yo las noches... Creí que había habido un día entre medio. Cuando una está en la cama, se le va la idea del tiempo...

La criatura seguía alborotando, y su madre se quejaba de un desasosiego que no podía explicar. «¡Cuánto siento que se haya ido Segismundo! Él me recetaría alguna cosa, ó al menos, diciéndome que esto no es nada, yo me lo creería.»

Segunda propuso ir á llamarle; pero Fortunata no consintió en ello, porque una noche, dijo, se pasaba de cualquier manera. Así fué, y la verdad es que la pasaron todos muy mal, incluso Encarnación, que se dormía en pie.

A la mañana siguiente subió Estupiñá á preguntar por toda la familia, con un interés del cual Segunda sabía sacar partido. «¿Cómo ha pasado la noche la mamá? Y el niño, ¿qué tal? Ya me he enterado del *artículo* de amas, y tengo noticias de tres muy buenas: la una pasiega, otra de Santa María de Nieva y la tercera de la parte de Asturias, con cada ubre como la de una vaca suiza. ¡Género excelente!»

—Pues no está de más que usted haya dado estos pasos, D. Plácido, porque estoy en que se nos seca—dijo la placera, gozosa de meter su cucharada en aquel asunto;—y si la señora (alu-

diendo á Guillermina) quiere que se le ponga ama, yo soy de la misma conformidad.

Plácido, después de cotorrear un poco con Segunda en la puerta de la casa de ésta, bajó á la suya, y en la salita, tapizada de carteles de novenas y otras funciones eclesiásticas, estaba Guillermina, en pie, el rosario y el libro de rezos en la mano. La casera y el administrador cotorrearón otro poco, y el resultado de esta nueva conferencia fué que Rossini volvió á subir presuroso y á tener otra hocicada con Segunda en la puerta. «Dígame usted: ¿está durmiendo ahora? ¿Y el niño, mama ó no mama?» —«Pues ahora están los dos callados... *Paice* que duermen.»—«Pues silencio. Cuide usted de que no haya ruido en la casa... Yo, verá usted, como salgan los chicos del latonero á alborotar en la escalera, les deslomo.»

Y vuelta á bajar y á subir nuevamente con un mensaje. «Señá Segunda, oiga: Que no deje usted de mandar recado hoy á ese señor de Quedo, para que la vea y nos diga si traemos el ama ó no traemos el ama.»—«Bien, está bien.» —«Yo estaré á la mira; ya las tengo apalabradas, y las reconoceremos en mi casa. Buenas mujeres, y no tienen pretensiones de cobrar un sentido. Como leche, señá Segunda, como leche, creo que la asturiana nos ha de dar mejor resultado que ninguna. Tengo yo un ojo... En fin, mucho cuidado.»

Y tornó á bajar con toda su oficiosidad y diligencia, dispuesto á subir cien veces si fuese menester. Guillermina estuvo aún un ratito en casa de su amigo, el cual no sabía qué hacerse al ver su pobre vivienda honrada con persona tan excelsa. Habría traído de San Ginés, si pudiera, el trono de la Virgen del Rosario para que se sentara. Pues, digo, cuando llamaron á la puerta y fué á abrir, y vió ante sí la simpática figura de Jacinta, creyó el pobre hombre que toda la corte celestial penetraba en su casa. No dijo nada la señorita; no hizo más que sonreír de un modo que significaba: «¡Qué raro verme aquí!» Guillermina alzó la voz desde la sala, diciendo: «Pasa, aquí estoy...» Estupiñá, siempre delicado, se apartó para dejarlas hablar á solas. Parecía que la santa reprendía paternalmente á la otra: «Si ya te he dicho que lo dejes de mi cuenta. Yo me entiendo. Si te empeñas en meter la cucharada, creo que lo vas á echar á perder... No, no te dejo subir... ¿Te parece fácil entrar á verle sin que se entere su madre? Atrevidilla te has vuelto... ¿Que le bajen aquí? ¡Vamos, las cosas que se te ocurren...! Tiempo tienes de verle. Si empezamos á hacer disparates y á portarnos como dos intrigantas que se meten donde no las llaman, mereceremos que nos tome Ido por tipos de sus novelas. Vámonos ahora á San Ginés, y luego sabremos la opinión del señor

de Quevedo. Descuida, que no se nos morirá de hambre.»

Salieron, y Plácido se fué con ellas á la iglesia, pues aunque ya había estado en ella, érale muy grato acompañar á las señoras á misa. Oyeron dos, y antes de salir, sentadas en un banco, la Delfina dijo á su amiga: «¿Sabe usted que no he podido oír las misas con devoción acordándome de esa mujer? No la puedo apartar de mi pensamiento. Y lo peor es que lo que hizo ayer me parece muy bien hecho. Dios me perdone esta barbaridad que voy á decir: creo que con la justiciada de ayer, esa picarona ha redimido parte de sus culpas. Ella será todo lo mala que se quiera; pero valiente lo es. Todas deberíamos hacer lo mismo.»

La santa no respondió, porque dentro de la iglesia no gustaba de tratar ciertos asuntos de reconocida profanidad; pero cuando salían por el patio que da á la calle del Arenal, tomó el brazo de su amiguita, diciéndole: «Bueno estuvo el lance, bueno. ¡Qué par de alhajas!»

—¡Crea usted que á mí me daba una alegría cuando lo oí contar!... Habría yo dado cualquier cosa por estar presente en aquella tragedia...

—Quita allá... es repugnante... Dos mujeres pegándose...

—Será lo que usted quiera; pero desde que me lo contaron, la bribona antigua se ha creci-

do á mis ojos y me parece menos arrastrada que la moderna.

—Este mundo, hija mía, está lleno de maldades. A dondequiera que mira una, no ve más que pecados, y pecados cada vez más gordos, porque la humanidad parece que se vuelve de día en día más descarada y menos temerosa de Dios... ¡Quién había de decir que esa muchacha, esa Aurorita, que parecía tan buena, tan lista...! No, como lista, ya lo es; aunque la otra lo ha sido más... ¿Y qué dice Bárbara? Estaba encantada con ella, y todos los días iba al obrador á verla trabajar... Pero cállate, que aquí viene tu señora suegra...

Barbarita y la pareja se encontraron.

—Ya no alcanzas la del señor cura... ¡Qué horas de ir á misa!

—Pero si no me han dejado salir en toda la mañana... Mira, Jacinta: allí tienes á tu marido llama que te llama... Entré y... «Que dónde estabas tú. Que qué tenías tú que hacer en la calle tan temprano.» Conque bien puedes darte prisa.

—Que espere... Pues no faltaba más...—replió Jacinta con tedio.—Que tenga paciencia, que también la tienen los demás.

—Y vosotras, ¿de dónde venís?

—¿Nosotras? De ver amas de cría—dijo la santa sonriendo.

—¡Amas de cría!...

—Sí, no es broma... amas, amas, amas.

—¡Qué graciosa estás hoy!...

—Pues qué, ¿no te ha dicho esta tonta que hemos encontrado otro *Pituso*?

Barbarita se echó á reír con donaire.—Pero qué, ¿os han dado otro timo?

—Quiá; ahora no. Éste es auténtico... éste es de ley; *no tiene hoja*, como el otro, por quien perdiste la chaveta.

—¡Bah!, no quiero oírte...—repuso Barbarita con humor festivo, y se separó de ellas para ir presurosa á la iglesia.

—Oye... mira...—dijo Guillermina llamándola:—Cuando salgas, date una vuelta por las tiendas. Allí tienes á tu corredor, Estupiñá el Grande. Aguarda, oye: te compras una buena cuna...

La dama se reía; todas se reían.

XI

El dictamen de Quevedo no fué alarmante con respecto á la madre; pero al chico le dió el comadrón malas noticias, anunciándole que se quedaba sin provisiones. Por la tarde Plácido comunicó á la señora que la mujer aquella se negaba á poner á su hijo en pechos de nodriza, aunque ésta fuese bajada del cielo; insistía en que tenía leche; el niño berreaba, dando á entender que su mamá faltaba descaradamente á

la verdad... «En fin, señora—agregó Estupiñá con oficiosidad sañuda,—que á esa mujer hay que matarla. Es más mala que arrancada, y lo que ella quiere es que la criaturita perezca...»

Fué allá la fundadora, y se alegró de encontrar á Ballester en la sala. «A ver si la convence usted de que no puede criar. La pobre, como tiene la cabeza un tanto débil y trastornada, se figura que le van á quitar á su hijo... Y no es eso, no es eso... Hay interés en que le críe bien.»

—Ya se lo he dicho... Casi he empleado las mismas palabras, señora... Pero si viera usted... Hállase hoy en un estado de apatía y tristeza que no me hace maldita gracia. No hay medio de sacarle una respuesta á nada de lo que se le dice. Tiene el chico en brazos, y cuando le hablan de amas ó de que ella se está secando, le aprieta, le aprieta tanto contra sí, que me temo que en una de éstas le ahogue.

—Todo sea por Dios... Entraré á ver á la fiera, y trataremos de amansarla.

Sin abandonar aquella actitud de desconfianza y miedo, Fortunata pareció alegrarse de ver á Guillermina, que la saludó con extremada amabilidad, demostrando un gran interés por ella y por su niño.

—¡Qué gusto verla á usted!—exclamó la pecadora sin moverse.—Tenía yo ganas de que viniera para decirle una cosa...

—Pues ya me la está usted diciendo, porque me voy á escape.

La infeliz joven puso el nene á su lado, mostrando menos desconfianza; pero le rodeó con su brazo en ademán de protección.

—¿Pero me le quitará?... Diga si me le quería quitar... Fuera bromas. Lo que usted me diga lo creeré.

—Muchas gracias, amiga mía... Me toma por ladrona de chiquillos. No sabía yo que soy bruja...

—No; es que... verá. Yo pensaba que me lo iban á quitar, por lo mala que he sido. Pero eso no tiene que ver, ¿verdad? Pues ahora soy mucho más mala. ¡Ay!, señora, he cometido un pecado tan grande, tan regrande, que no creo que me lo perdone Dios.

—¿Apostamos á que es cualquier tontería?—le dijo, inclinándose hacia ella y acariciándole la barba.

—¡Ay, señora, ojalá fuera tontería!... Voy á decírselo... Pero no me riña mucho... Pues anoche estuvo aquí mi marido, hablamos, y le di veinte duros para que comprara un revólver. El revólver es para matar á *ese* y á *esa*... sobre todo á la francesota, infame, traicionera...

Guillermina recibió impresión muy fuerte con estas palabras, pero hizo un esfuerzo por aparentar que no perdía su serenidad. «Fuertecillo es, sí, señora... Pero su marido de usted no